

En otras páginas, la expresión está aún más condensada: llega a una cuarteta, o a sólo dos versos, tomando carácter de inscripción lapidaria. Pero es su visión de la vida lo que más nos interesa: el dramatismo en ella infundido toma diversos matices, yendo del violeta intenso al celeste leve. Es decir: tiene, por momentos, una gracia ligera, muy poética. En cuanto a las influencias, creemos que hay que evocar a esos dos grandes poetas brasileños actuales que son Murilo Mendes y Carlos Drummond de Andrade.

El verso libre de este autor posee una música interna y se adapta noblemente al momento lírico elegido, como puede verse, por ejemplo, en esta "Resurrección del héroe": "El cuerpo petrificado ya no levanta—manos, otrora lirios, flor o fruto—podrido, entre el césped y el polvo.—Angeles anuncian glorias (himnos y tristes)—el tiempo vistió al Héroe y olvidó victorias.—Paisaje de mármol, blanca y fría—vestigios remotos de metal y clamor".

Geraldo Pinto Rodrigues nació en febrero de 1927 en Jardimópolis, Estado de San Paulo. Es, actualmente, estudiante de Derecho en la Universidad de San Paulo. Periodista de gran actividad, siente intensamente la hora que le toca vivir. Habiendo participado en el Primer Congreso Paulista de Poesía, efectuado en 1948, presentó entonces la tesis acerca de la fundación del Club de Poesía de San Paulo, ideal ya realizado. Y es en la serie de "Cuadernos" de dicho Club donde aparecen estos poemas de *Tempo inconcluso*.

GASTÓN FIGUEIRA

CARMEN GÁNDARA, *Los espejos*.—Buenos Aires, 1951. Editorial Sudamericana. 264 pp.

Uno de los rasgos distintivos de la literatura hispanoamericana del siglo actual es ese carácter sutil e íntimo que únicamente la pluma de una mujer es capaz de dejar en las obras literarias. La poesía casi llega a identificarse con los nombres de Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. En la novela quizás sea menos notable la contribución femenina, pero a este género se han dedicado también con éxito varias escritoras de América, de lo cual dan testimonio

las obras de Teresa de la Parra, Marta Brunet, María Luisa Bombal y otras.

En general, las autoras hispanoamericanas se muestran poco propensas a dejarse arrastrar por las corrientes que se llevan a los hombres. Sea que les interese poco la literatura tendenciosa, sea que les parezca ejercicio más propio del talento masculino el hacer propaganda política o social, prefieren estar al margen de los sucesos y no metidas en ellos. Este retraimiento imprime a la obra femenina un carácter muy personal, pero a menudo alcanza algo más universal y trascendental que los asuntos de que suele ocuparse el hombre. Si los términos "literatura femenina" y "literatura universal" parecen contradecirse, desaparecerá la aparente contradicción ante la prueba de las obras de Safo, de Sor Juana Inés de la Cruz o de Emily Dickinson. Es ésta una literatura femenina por excelencia y es una literatura de todos los siglos y todos los países.

Los espejos, última obra de Carmen Gándara, es una valiosa contribución a la literatura femenina de Hispanoamérica. Es una novela de acertada penetración psicológica, de pureza de estilo, de hondura y belleza: la biografía espiritual de dos personas unidas en la vida común que tienen que llevar, pero separadas por barreras sutiles e indefinibles, y por eso mismo infranqueables. No es nuevo este tema, pero la autora lo maneja con una sinceridad y una sensibilidad que le dan un sello muy personal a la vez que lo elevan y lo hermocean.

Pocos son los personajes femeninos en la literatura hispanoamericana no retratados con tanto acierto y finura como Cecilia, la protagonista de esta novela. Era de una belleza exquisita, sin que su belleza llamara mucho la atención porque "le faltaba intención y brillo"; era "una magnífica araña de cristales apagada." Rehuía toda ostentación; nunca dejaba traslucir su sufrimiento; parecía querer que la nobleza de alma que siempre gobernaba su conducta pasara inadvertida para el mundo. Pálida, apagada, reservada, pero con un amor profundo por su marido, sufría a diario la afrenta del egoísmo e indiferencia de éste. Y lo que más fastidiaba a Gonzalo era la bondad, sin alarde de bondad, de su mujer. Por tratarse de personas inteligentes y de modales refinados, esta incompreensión nunca se manifestaba abiertamente; era como una herida fina y profunda que no se veía.

En el estilo de *Los espejos* hay medida, transparencia y profundidad de pensamiento. Está escrita en una prosa llena de matices poéticos. Hay pasajes que cautivan tanto por su belleza de expresión como por el pen-

samiento que encierran: "la vida seguía eslabonando sus días y sus noches, sus soles y sus lunas, seguía desplegando su largo ritmo, lógica, continua, misteriosa." Carmen Gándara queda maravillada ante la hermosura del escenario de su libro, la región del lago Nahuel Huapi en el sur de la Argentina. Su lirismo encuentra a menudo inspiración en el silencio de los majestuosos bosques de Nahuel Huapi. Es una intérprete tan sensible de la Naturaleza como lo es del alma humana:

Es un silencio extraño... como hecho de pájaros ausentes, como si acabaran de volarse todos los pájaros del mundo y hubiera quedado esto, este vacío de alas y de vidas, esta quietud hueca que tiene voz de casa abandonada.

...este silencio hecho de luz debe parecerse al silencio último, a ese que estará rodeando a Dios.

La Argentina de hoy cuenta con varias escritoras de talento, poetas, cuentistas y novelistas. De las últimas, Carmen Gándara es, sin duda, una de las de más señaladas dotes artísticas. *Los espejos* es un libro digno de compararse con los mejores libros argentinos de la época.

DONALD F. FOGELQUIST,
University of California,
Los Angeles, California.

MIRIAM VIRGINIA MELVIN, *Juan Ruiz de Alarcón: Classical and Spanish Influences.*—Ann Arbor, Michigan, Edwards Brothers, 1942. v, 111 pp.

Bien sabido es que a don Juan Ruiz de Alarcón se le llama casi por antonomasia el "Plauto español" y el "Terencio español"; mas nadie —que yo sepa— antes de la doctora Melvin, ha querido comprobar con rigor científico la veracidad de estas aseveraciones, repetidas con monótona y sospechosa regularidad en los manuales de historia literaria española y mexicana.

En tres capítulos cortos pero apretados, la autora compara las obras de Ruiz de Alarcón con las de Plauto y Terencio. Lo primero que comba-